

estas circunstancias, y asociado al cardenal, al condestable y al almirante de Castilla. Ya sabia que la nobleza y los grandes del reino no tomaban parte con los comuneros. En efecto, inmediatamente que se supo que el cardenal Adriano habia salido de Valladolid y retirádose á Medina de Rioseco, fueron á reunirse con él muchos caballeros y hombres de distincion con todas las fuerzas que pudieron.

Así estaban de un lado el rey y la nobleza, y del otro los representantes de las clases populares. ¿Cometieron una falta los grandes en unirse á la corona que la habia cercenado tantos privilegios, que habia tratado de disminuir, como disminuyó en efecto, su grande poderío? No es fácil decidirlo. Las comunidades habian manifestado demasiadas pretensiones para que la nobleza no temiese quizá mas de su victoria que de la del monarca. Por otra parte, hubo muchos nobles y ricos hombres del reino que se mantuvieron neutrales sin declararse por ningun partido.

La junta de Tordesillas escribió al rey de Portugal una especie de manifiesto de su conducta y ulteriores intenciones; otro paso tan inútil como el de la embajada á Carlos.

Lo mas importante para la junta era hacerse fuerte, y en esto se mostró activa. Decretó levás en todas las ciudades que reconocian su obediencia. Por todas partes hacian armas. De la tierra de Salamanca enviaron doscientas lanzas y seiscientos infantes.

La junta cometió entonces la falta de nombrar por general en jefe de sus armas á don Pedro Giron, que pertenecia á la grandeza, y que estaba despechado con el emperador por no haberse hecho justicia á sus derechos al ducado de Medina Sidonia. Se creyó que tal vez este resentimiento seria un estímulo para conducirse bien con las comunidades; mas era fácil que se le ganase á un partido donde hallaba sus amigos, sus deudos, y sobre todo que la concesion de la gracia que pedia pudiese fin á sus resentimientos.

Otro grande inconveniente de semejante nombramiento fué el grande enojo que con ello remitió Padilla, quien se retiró á Toledo de allí á pocos dias con su gente. Entró Giron en Tordesillas con ochenta lanzas, y comenzó á dar disposiciones para el definitivo arreglo del ejército. Una porcion de los jefes y capitanes de las tropas eran individuos de la misma junta. Allí se presentó por primera vez el famoso obispo de Zamora Acuña, que habia sublevado todo el pais en el sentido de las comunidades. Tambien se presentó Francisco Maldonado capitaneando cien infantes.

Fué reconocido el almirante de Castilla por general de las armas del emperador: en Medina de Rioseco se reunieron á su bandera los principales personajes de la nobleza española, que venian con la gente que cada uno pudo allegar para hacer este servicio.

Así la guerra iba á estallar, y las tropas de una y otra parte estaban próximas á entrar en el campo del combate.

La junta de Tordesillas tenia á la sazón reunido un número de fuerzas considerables, que inmediatamente salieron en busca de sus enemigos, dejando de guarnicion en Tordesillas cuatrocientos clérigos, que servian bajo la bandera del obispo de Zamora, animados todos del mismo espíritu que su prelado.

Parecia natural que el ejército de los comuneros avanzase con denuedo, y tratase de acabar en Medina de Rioseco con un ejército muy inferior, ó de adquirir la superioridad moral de la campaña, apoderándose á todo trance de este pueblo. Mas se contentaron con presentar una batalla, que sus enemigos no aceptaron. En Torre de Humos hicieron un alarde de sus fuerzas. Mandaba las gentes de armas, ó la caballería pesada de la vanguardia, don Pedro Laso de la Vega, uno de los caballeros de Toledo, y la infantería de la misma, los dos hermanos Francisco y Pedro Maldonado. Al frente del cuerpo del ejército se hallaba el generalísimo D. Pedro Giron, y el obispo de Zamora.



Era interés de los caballeros que se hallaban en Medina de Rioseco, atenerse á la defensiva, mientras llegaba el conde de Haro, hijo del Condestable, con refuerzos considerables; es decir, las tropas que acababan de batir á los franceses en Navarra. Le importaba mucho ganar tiempo, introducir la division en las filas de los comuneros, aprovechándose del poco acuerdo que reinaba entre ellos, haciendo tratos particulares con algunos, aunque no fuese mas que con la intencion de que los otros sospechasen. Debían, pues, por lo mismo estos últimos moverse, dar golpes atrevidos, comprometer mas y mas á los que estaban pronunciados, no darles tiempo de pensar y echar sus cuentas; legitimar, en fin, sus procederes con el favor de la fortuna: mas acreditaron que no tenían este tino, ó manifestaron que carecian de resolucion, única cosa que podia salvarlos. Se contentaron con retar á sus contrarios, con presentarles batallas que no aceptaron como mas prudentes. Crecia poco á poco el ejército real; tampoco se descuidaban los comuneros de llamar gente á sus banderas; mas estaba abierto su campo á todo género de seducciones. Diferentes emisarios, unos con buenas, otros con malas ideas, venian á proponer convenios, lamentándose de las calamidades que iban á llover sobre España con aquel azote de la guerra. Es preciso considerar en estos casos lo que puede el nombre de la autoridad legítima, que está en el hábito de ser objeto de obediencia y de respeto; y lo que arredra á un hombre que no sea de fuerte corazon, la idea de hallarse con esta autoridad en rebeldía. Quanto mas tiempo se pasaba en retos infructuosos, quanto mas duraba la inaccion, mas terreno perdía la causa de las comunidades.

Por último, se separaron éstas de los muros de Medina de Rioseco, retirándose á Villalpando, sin que pueda señalarse el motivo de este movimiento, como no fuese la mala disposicion de los ánimos de los caudillos.

Se aprovecharon inmediatamente los caballeros de es-

ta falta, cayendo inopinadamente sobre Tordesillas. Se defendió valerosamente la guarnicion, compuesta, como hemos dicho, de cuatrocientos clérigos. Mas de doscientos cincuenta hombres, por parte de los caballeros, quedaron muertos al mismo pie de sus murallas. Tuvo por fin el conde de Haro que recurrir al expediente de batirlas con artillería; y de este modo pudieron apoderarse de la plaza, que entraron á saco, no sin grande mortandad por ambas partes.

Los caballeros se hicieron así dueños de la persona de la reina doña Juana, pérdida muy grande para las comunidades, que argüía tanta imprudencia y falta de tino de su ejército, y que se atribuyó naturalmente á traicion por parte de sus jefes.

Quedó D. Pedro Giron completamente desconectado entre los suyos, y objeto de una grande suspicacia. El obispo Acuña trató por otra parte de sincerarse con los de su parcialidad, alegando ignorancia absoluta del movimiento de los caballeros.

Don Pedro Giron y el obispo, se acercaron y entraron en Valladolid, que fué desde entonces el asiento de las juntas de los comuneros.

Juan de Padilla que, como hemos dicho, se habia retirado á Toledo, cuando fué revestido D. Pedro Giron del mando del ejército, volvió á Valladolid, capitaneando de dos á tres mil hombres, que fueron un recurso muy precioso para su partido, donde era muy bien quista su persona.

Don Pedro Giron dejó desde entonces de ser jefe del ejército, y se retiró á sus posesiones, aguardando coyuntura de sacar partido de sus circunstancias. Quedó de este modo el ejército sin cabeza, y era preciso nombrar una. Se inclinaba Padilla por D. Pedro Laso de la Vega, sea con buena intencion, sea con objeto de ser desaprobado, y de que la eleccion cayese sobre el mismo. De todos modos la eleccion de D. Pedro Laso causó mucho descontento, y hasta tumulto, que no pudo sosegar el



mismo Padilla cuando quiso arengar á la muchedumbre. Todos los gritos, todas las aclamaciones, fueron para que Padilla se revistiese de las funciones de general en jefe. Y á pesar de la oposicion franca ó simulada de éste, quedó, en fin, nombrado capitán de las armas de las comunidades de Castilla.

Permanecia el ejército real en Tordesillas, y extendia su dominacion hasta Simancas. La guerra se redujo desde entonces á escaramuzas y correrías de una y otra parte. Hizo algunas hácia Simancas el nuevo general; tomó á Cigales y Ampudia, habiéndose posesionado del castillo. Los caballeros allí encerrados, pidieron treguas por diez dias; mas no quiso concedérselas Padilla.

Acudian varias tropas á Valladolid que enviaban las comunidades. Tampoco dejaba de reforzarse el ejército de sus adversarios. Permanecia, mientras, el campo abierto á las intrigas. Era la política de los caudillos del ejército real enviar emisarios á los principales de los comuneros para sondar sus intenciones, y en caso de ganarlos, dar lugar á la reflexion, y hacer que decayese su ardimiento. El D. Pedro Laso de la Vega, de quien hemos hablado, llegó hasta entrar en ajustes con los caballeros. Los emisarios de una y otra parte eran frailes por lo regular; y lo mismo se vió en todo el curso de la guerra. No hay duda de que algunos de estos obraban con el único deseo de atajar aquel azote, que iba produciendo tantos males: mas es un hecho que con esta inaccion y semejantes pasos, se iba quebrantando el ánimo en el ejército de los comuneros.

Se aumentaban las quejas y desconfianzas mútuas que sus jefes se inspiraban. Crecian los apuros de dinero. Era el clamor general, que de un modo ó de otro se acabase pronto con la guerra, y la junta de los comuneros exigia por su parte que se viniese pronto á una batalla decisiva.

Salió Juan de Padilla de Valladolid con siete mil infantes y quinientas lanzas, y cayó sobre el pueblo de Tor-

relobaton, de cuyo arrabal se hizo dueño, pasando después á expugnar la fortaleza. Era un punto de importancia, y las tropas que se hallaban en Tordesillas, se pusieron en movimiento para levantar el sitio. Mas después de medio camino se volvieron. Y fué tanto mas reparable esta falta, cuanto Padilla, viéndose incapaz de tomar el pueblo con las solas tropas que habia sacado de Valladolid, envió por refuerzo para conseguirlo. Así vino al logro de su empresa, sin ser molestado por sus enemigos.

La toma de Torrelobaton dió importancia moral al ejército de las comunidades. Era de su interés el que Padilla saliese inmediatamente para hacer otras conquistas, y extender así poco á poco su causa que contaba ya con pocos partidarios. Mas sea que Padilla se dejase llevar del aura popular, sea que obstáculos verdaderos le impidiesen poner en movimiento, cometió la falta de permanecer inactivo en Torrelobaton, cuyas murallas trató de reparar como si hubiese de ser aquel pueblo el punto de su residencia.

En faltas semejantes incurrieron muy frecuentemente las comunidades de Castilla. Se puede decir en general, que se mostraron poco activos, poco audaces, poco previsores. Sin duda ignoraban que es la puerta de todas las insurrecciones de esta clase no imponer al enemigo con rasgos de osadía, dar con la inaccion tiempo para que se enfrien los ánimos, para que cada uno haga sus cálculos consigo mismo, para que obre el espíritu de seduccion manejada por emisarios hábiles que hablan en nombre de la humanidad, prometen perdon, cuando su fin no es otro que sembrar la desconfianza y la discordia.

Los caballeros por su parte, aunque adolecian de la misma poca actividad, tuvieron sin embargo la bastante para aprovecharse de las faltas de Padilla. Cuando le vieron á éste tanto tiempo encerrado en Torrelobaton, salieron de Tordesillas con objeto de presentarle una batalla. Dejaron para esto en dicha villa á la reina y al cardenal, encargados á la custodia del marqués de Denia,



y enviaron al mismo tiempo el conde de Oñate á Simancas con bastante fuerza , para impedir que Valladolid enviase socorros á las tropas de las comunidades. El 21 de abril de 1521 , salió de Tordesillas el conde de Haro , general de las tropas reales , en busca de Padilla. A medio camino hizo alarde de su gente , que se componia de seis mil infantes , dos mil cuatrocientos caballos , entre los que se contaban mil quinientos hombres de armas.

Viendo el de Haro que Padilla no salia , trató de acercarse á Torrelobaton , con objeto de cercarla. Mas Padilla que no se sentia bastante fuerte para salir en busca del enemigo , no quiso aguardarle dentro de sus muros.

Trató entonces de reparar la imprudencia que habia cometido ; pero era demasiado tarde. Aunque en fuerza numérica era superior á sus contrarios , no podia considerarse como igual , tratándose de la calidad de tropas. No le quedaban mas recursos que marchar en retirada , saliendo de Torrelobaton antes de amanecer del 23 , tomando la direccion de Toro , donde pensaba reunirse con los refuerzos que le enviaban de Zamora , de Leon y Salamanca.

Emprendió la columna su marcha con buen orden. Iba adelante la artillería : seguia la infantería formada en dos escuadrones (1). Cubria la retirada la caballería , á las órdenes inmediatas de Juan de Padilla , que se condujo en aquella jornada como buen capitán y buen soldado. Mas por mucha que hubiese sido la anticipacion con que emprendieron la marcha , no pudieron impedir que fuese sentida por los enemigos , que se hallaban á las inmediaciones.

Fué atacada la columna de Juan de Padilla á las inmediaciones de Villalar por la retaguardia y por los flancos á las cuatro horas de haberse puesto en marcha. Aun dudaban los enemigos si acometerian , pareciéndose-

(1) Era entonces la voz propia , como haremos ver mas adelante.

les bastante ventaja haber obligado á los comuneros á emprender la retirada ; mas prevaleció el consejo de otros menos circunspectos que conocieron todas las ventajas de una retirada repentina.

No podian en efecto las circunstancias ser mas felices para las tropas reales. Las de Padilla eran bisonias , y en caballería inferiores á sus adversarios. Al verse acometidas por la de estos , se desordenaron. Estaba el terreno fangoso por la lluvia que habia caido el dia antes , y seguia cayendo todavía. Los soldados de á pie apenas podian moverse con el lodo hasta las rodillas. La artillería no pudo jugar por esta misma causa , mientras la de los enemigos , hábilmente colocada , hizo destrozos en las filas de los comuneros. Se concibe bien con qué facilidad debieron de desordenarse aquellas tropas bisonias mal mandadas , aterradas con lo crítico de la situacion , y que se veian acuchilladas por todas partes. Fué la derrota completa y decisiva. Quedó destruido el ejército de los comuneros en Villalar , á pesar de los esfuerzos que hicieron los capitanes y los principales caballeros para restablecer el orden y dar ejemplo de valor á las tropas desmayadas.

En cuanto á Padilla , despues de haberse conducido como capitán y como soldado , arengando á los suyos para que muriesen al menos como valientes , viendo perdida la batalla , y las cosas sin remedio , se metió con cinco de seis escuderos por los escuadrones enemigos ; y habiendo sido conocido por lo apuesto de su persona y rico de sus armas , fue acometido , hecho prisionero y desarmado. Igual suerte tuvieron entre otros Juan Bravo y los hermanos Pedro y Francisco Maldonado.

Los prisioneros fueron conducidos al pueblo de Villalba , que se hallaba inmediato ; mas hubo orden de enviarlos inmediatamente á Villalar , donde reconocidas sus personas , y sin formarles causa , se los condenó á morir como traidores.

Los tres castellanos , pues Pedro Maldonado no fué



incluso en la sentencia, dieron muestras de valor y de entereza en aquellas circunstancias. Como hombres resignados á su dura situación, se prepararon á la muerte, y con la misma serenidad y constancia marcharon al suplicio. Como iba delante de ellos el pregonero anunciando en alta voz que morían por traidores, «mientes» dijo Juan Bravo: «por traidores no: mas celosos del bien público sí, y defensores de la libertad del reino.» Entonces Padilla volviéndose á él le dijo con tono grave: «señor Juan Bravo, ayer era día de pelear como caballero; hoy de morir como cristiano.»

Fueron inmediatamente degollados los tres jefes en la plaza pública. Sus nombres han pasado á la posteridad, y vivirán tanto como los anales de España y aun los de Europa, pues son históricos y de todo el mundo conocidos. El de Padilla se presenta sobre todo rodeado de aquel esplendor que da la fama al hombre valiente y desgraciado que perece en obsequio de la buena causa. Sus mismos enemigos le describen como hombre de prendas distinguidas, como un soldado leal y valeroso, como un buen caballero digno de este nombre en los tiempos que el nombre de caballero tenía un gran significado. La carta que escribió á su mujer pocos momentos antes de espirar es uno de los curiosos documentos de la historia, el mayor que nos pudo quedar de la lealtad, valor y fortaleza de alma de Padilla (1).

A los expuestos se reducen los hechos principales de la famosa guerra de las comunidades de Castilla. Ellos solos bastan para explicar su índole, sus motivos, de qué parte estaba la razón, y qué es lo que unos y otros iban á perder ó á ganar en su definitivo desenlace. Los historiadores de aquel tiempo no fueron favorables ni podían serlo á la causa de los comuneros; mas muchas veces pueden mas los mismos hechos que las ideas y opiniones del que los refiere. Es imposible leer al que

(1) Véase la nota D al fin del tomo.

hemos ya citado, sin formarlas muy diversas de las suyas propias ó que como tales presentaba.

Al mismo tiempo que las turbulencias de Castilla, otras del mismo género, aunque acompañadas de mas desórdenes, estallaban en el reino. El nombre de germanías ó hermandades con que se designaban los promotores de los alzamientos, corresponde bastante bien al de las comunidades de Castilla. Los movimientos de Valencia no alcanzaron la celebridad de los primeros, ni la fama trasmitió con tanto aplauso los nombres de sus jefes. De todos modos quedaron sofocados aquellos alzamientos por los mismos medios; y como el vencimiento es en tales sinónimos de la rebeldía, con este nombre fueron distinguidos por los vencedores. La autoridad real adquirió sin duda nuevos apoyos, mas no quedó por esto todavía del todo sofocado el espíritu de independencia en el seno de las Córtes, como se verá mas adelante.

Ya hemos visto que las turbulencias de Castilla tuvieron lugar durante la ausencia del emperador en Alemania, y que allí llegaron con cartas emisarios de las comunidades. Se puede suponer el desabrimiento con que serian recibidos, sobre todo no ignorando Carlos el estado en que se hallaban los negocios. Un príncipe joven educado en las máximas del absolutismo real, ya predominantes en su tiempo, rodeado del fausto y la grandeza inherente á la dignidad del primer personaje de la Europa, vió sin duda con secreta indignación la audacia de unos plebeyos que así le arrostraban y dictaban leyes. Circunspecto sin embargo, y con mas conocimiento de los hombres y las cosas, que podían esperarse de sus verdes años, disimuló cuanto pudo, incierto como se hallaba todavía de la solución del problema encomendado al fallo de las armas. Sin embargo, cuando supo que la fortuna se había decidido á su favor, no se mostró resentido, ni jactancioso, ni arrogante. Usó de su fortuna con moderación: llevó su indulgencia mas allá de lo que todos esperaban: fué muy parco en los castigos, y se mos-



tró con muchos hasta generoso. Sin duda respetó en esto la opinion pública que no podia menos de simpatizar con la causa de las comunidades. Satisfecho Carlos de haber humillado el orgullo de las clases populares, parece que se empeñaba él mismo en condenar al olvido un acontecimiento que empañaba en cierto modo el brillo de una autoridad de que se mostraba tan celoso.

Tomaremos el hilo interrumpido de los procedimientos de las Cortés durante su reinado.

En 1522 se volvieron á reunir en Palencia, y decretaron un servicio de cuatrocientos mil ducados para los gastos de la guerra. Se decretó tambien que á excepcion de los siervos, todos pudiesen traer espadas. Se prohibió en ellas el uso de las máscaras.

En 1527 se volvieron á reunir en Valladolid por clases, brazos ó estamentos de prelados, caballeros y procuradores. Hubo en ellas disputas sobre los asientos. Se trató de un servicio extraordinario para las necesidades de la guerra. Dijeron los caballeros que no darian para ella, si el emperador no salia á campaña, y en este caso no pagarian nada por via de tributo. Dijeron los eclesiásticos que le servirian, mas no por imposicion ni por servicio decretado en Cortés. Los procuradores hicieron ver que estaban los pueblos muy cargados. No se manifestó, sin embargo, resentido el emperador de semejante negativa.

Las principales disposiciones de las Cortés siguientes reunidas en Madrid 1534, fueron de que no se usasen mulas de silla, y que los caballeros fuesen todos á caballo.

Las Cortés siguientes reunidas en Toledo en 1538, fueron muy notables por los grandes debates y espíritu de independenciam desplegado en ellas. Se trataba de un servicio muy considerable, necesario en los apuros en que se hallaba el emperador para atender á los gastos de la guerra.

Se reunieron en una sala muchos señores y caballe-

ros, presididos por el Condestable de Castilla. En otra se hallaban los eclesiásticos, presididos por el arzobispo de Toledo. En otra se reunieron los procuradores.

Acudieron y se presentaron en estas Cortés algunos personajes extranjeros; el cardenal Farnesio, legado á *latere*, Federico conde palatino del Rhin, el elector duque de Babiera, con su esposa, sobrina del emperador, y otros.

Hizo en estas Cortés el emperador una manifestacion de sus necesidades entrando en pormenores de las causas. Alegó sus guerras emprendidas por bien de su religion y defensa de estos reinos. Concluyó suplicando á las Cortés que proveyesen el remedio, dándole recursos para ello, pagando las deudas grandes que sobre la corona gravitaban.

Los del estado eclesiástico respondieron que por su parte estaban prontos á cuanto pudiesen en alivio del emperador, mas que no pudiendo hacer desembolsos sin permiso de Su Santidad, tratase aquel de negociarlo.

Por los caballeros, respondió el Condestable, que estaban prontos á socorrer al emperador en todas sus necesidades; que si no bastaban los socorros ordinarios, dispusiesen los procuradores que disminuyesen de los censos ó réditos, conocidos con el nombre de juros, lo que fuese necesario para sacar á la corona de su ahogo, haciéndose con preferencia dicha rebaja en lo que se hubiese vendido á menos precio, suplicando él mismo nada se vendiese ni enajenase de las coronas de Castilla. Al mismo tiempo pidieron á S. M. hiciese que los procuradores conferenciasen con ellos las veces que fuese necesario. Y que en cuanto á la sisa, que era lo que pedia el emperador, no podia otorgarla, como un gravámen que dejaba la puerta abierta á tanto abuso, y hasta escándalo en perjuicio de los pueblos.

El emperador respondió, que la sisa era el recurso que se presentaba mas fácil y mucho mas á mano; y que



en cuanto á la reunion de los procuradores, no le parecia necesaria.

No estaban acordes los ánimos del emperador y el brazo de los caballeros. El único recurso que queria el primero repugnaba á los segundos. Nombraron estos una comision de doce que los representase á todos, y volvieron á insistir en que se les reuniesen los procuradores; mas el emperador volvió á negarlo.

Por su parte propuso éste al brazo popular que sostuviesen el estado y buena conservacion de sus reinos, y que para esto contribuiria S. M. con el servicio ordinario de ayuda: que seria de cargo de ellos sostener las galeras de España, y las de Andrés Doria, y la casa de S. M., consejos, chancillerías, guardias, fronteras y lugares de Africa; mientras S. M. con sus rentas ordinarias de Castilla, y lo que viniese de las islas é Indias, se desempeñaria de los grandes intereses que pagaba.

Mientras tanto temporizaban los grandes por no conceder la sisa, en que Carlos formaba tanto empeño. Obsinado en sostener que era el mejor medio y mas fácil de todos recursos, mandó, con objeto de evitar confabulaciones, que cada uno emitiese en público su voto.

Con este motivo pronunció el Condestable un discurso en la junta, condenando la sisa, no solo por gravosa, sino porque recayendo sobre todos, haria pecheros á los hijos-dalgo que no debian pagar contribuciones, y sí ayudar al emperador en sus guerras, con sus haciendas, sus personas y sus vidas. Que él cien veces negaria la sisa si fuese necesario. Que era mucho mejor que el emperador reformase gastos y se buscasen otros medios. Habló el Condestable con dignidad y energía; mas con mucha moderacion y compostura.

El resultado de esta conferencia, fué que los grandes firmaron una cédula negando la sisa; y al mismo tiempo enviaron al emperador un escrito suplicándole se dejase de guerras, residiese en España y reformase los gastos en su casa. Estaba este papel redactado con mode-

racion y dignidad, y de letra del conde de Ureña D. Juan Tellez Giron, notario mayor de Castilla.

Lo llevaron á palacio tres grandes con el Condestable á la cabeza. Recibió el emperador el escrito y los despidió sin dar respuesta. Poco rato despues se presentó en la junta el cardenal arzobispo de Toledo, y dijo en nombre del emperador, que habia visto lo que los tres señores le dijeron, y que traia la respuesta por escrito. Estaba esta concebida en muy pocas palabras y tono seco, diciéndoles que tratasen de la sisa, y pronto.

Sucedió todo esto á últimos de 1538. El año se concluyó sin que terminase este asunto tan desagradable, en que por una y otra parte se iban agriando los ánimos sobremanera. A principios de 1539 nombraron los grandes otros diez de su seno para entender en el negocio. Pidieron otra vez que se les reuniesen los procuradores, y otra vez los negó Carlos. Le volvieron á suplicar que hiciese las paces y no saliese de España. Respondió el emperador que pedia ayuda y no consejos.

Los grandes insistieron en su negativa de la sisa. El emperador los despidió al fin, viendo que ningun partido podia sacar de ellos.

Quedó Carlos muy mortificado y despechado con estas ocurrencias. Hubo muy serias contestaciones con algunos grandes. Autores contemporáneos aseguran que amenazó de echar por un balcon al Condestable, y que este respondió con sangre fria: «señor, soy chico, pero peso mucho.»

El resultado de estas Córtes tan aparatosas fué que solo las ciudades se prestaron con algun servicio.

Se vé por estas Córtes últimas que el emperador convocó en España, que habia bastante libertad y espíritu de independencia cuando se trataba de pedir dinero; y que aunque los españoles se asociaban á las glorias de su emperador, se resentian de los gastos que les acarreaaba su grandeza.

Las rentas de la corona en tiempo de este monarca